



DEMASIADO CARO PARA REPETIR

Manuel LUACES SANJUÁN



El hecho tuvo lugar allá por el mes de octubre del año 1978.

Tenía lugar el ejercicio GAVILÁN, de adiestramiento de guerra irregular de doble acción en la sierra de la Capela y Fraga del Eume, en el que participaban un batallón del Tercio del Norte de Infantería de Marina y la Unidad de Operaciones Especiales del Tercio de Armada.

Una noche, cuando era ya entrada, el elemento de seguridad de la base de operaciones de la fuerza contraguerrilla nos alertó al puesto de mando de la aproximación de un vehículo no identificado que venía dando tumbos por la *corredoira*, si así

se podía llamar al infernal camino que la comunicaba (¿o quizá mejor sería decir que la incomunicaba?) con la «civilización».

Una vez interceptado el vehículo, fuimos informados de la identidad de los imprevistos visitantes: eran el capitán general de la zona marítima acompañado del jefe de su Estado Mayor y el coronel comandante del Tercio del Norte, a la sazón almirante De la Guardia y Oya, contralmirante Contreras Franco y el coronel Baeza Morales, respectivamente.

He dicho antes imprevistos, pero en modo alguno inhabituales, ya que eran frecuentes las «inspecciones» *in situ* por parte del capitán general para interesarse personalmente de lo que se hacía y de cómo se hacía, al igual sus acompañantes, que gustaban de acudir a la primera línea, allí donde hubiese acción.

Después de una exposición somera acerca de la operación que se estaba desarrollando y el despliegue de la fuerza, el almirante visitó detenidamente la base, interesándose por las condiciones de vida (normalmente en la base, además de los apoyos de servicios necesarios para sostener la operación, permanecía, de forma rotativa, una de las compañías de fusiles en descanso y reserva, mientras que las otras dos se mantenían desplegadas en la zona de responsabilidad táctica desempeñando cometidos de detección y acoso de las fuerzas irregulares, las que eran relevadas cada cuarenta y ocho horas). En el recorrido por la base, tanto el almirante como el jefe de su Estado Mayor tuvieron la ocasión de ponerse de barro hasta la gorra, en sentido literal, ya que habían venido vestidos de uniforme azul y capote ruso, aunque precautoriamente calzados con botas de piloto de aeronave. En un momento dado hubo que interrumpir la visita al producirse una incidencia táctica, y para asistir desde el puesto de mando a la conducción de una acción de interceptación y cerco de una de las partidas de «irregulares» que fue detectada en aquel momento en las cercanías de la central eléctrica del embalse del Eume (por cierto que, aunque desbaratados sus planes de acción, su grueso logró eludir el cerco con pocas pérdidas por su parte después de un acoso que duró casi dos horas).

Una vez se hubo rebajado el nivel de alerta por haberse roto el contacto con el grueso de la partida, se pudo continuar con la visita interrumpida y asistir al *riguroso* interrogatorio de los «irregulares» capturados en la acción (las ROE autorizaban emplear «ciertos» medios expeditivos). Después, el almirante y acompañantes se reunieron con el comandante del batallón (el entonces comandante Sueiras) y su plana mayor (cuyo jefe era el que suscribía) en la tienda que nos servía de puesto de mando.

Hombre de pocas palabras pero de tiros certeros, el almirante comenzó a inquirir información más detallada acerca de la operación en marcha, de la doctrina, los métodos, del material y armamento empleados, así como de las condiciones de vida en estas circunstancias, de lo que vimos iba tomando buena nota mental. Se interesó también por la alimentación en caliente y por

las raciones de campaña que utilizábamos y que le fueron mostradas. A su vista, quiso probar de una determinada conserva (no recuerdo de lo que era, pero sí tengo la memoria de que la saboreó con apetito, puede que fuese porque ya estaba cercana la hora de la sopa de ajo), acompañándose de un trozo de pan y un vaso de vino tinto (también «de ración»), y al que nos unimos los presentes.

Siguiendo con su inquisitoria, hizo una observación sobre la baja iluminación que manteníamos en la base (la visita se había hecho a la luz de linternas y ahora la reunión se hacía con un sibilante camping gas), explicándole que en este tipo de operaciones la discreción era fundamental y el nivel de iluminación tenía que ser necesariamente bajo. De ahí pasó a preguntar acerca del tipo de generadores eléctricos de campaña de que disponía el Tercio. Fue informado de que, aparte de los propios de los sistemas de comunicaciones, hacía poco que el «único titular» del cargo había dicho «basta» y, estando en trámite de su merecida «jubilación», se reservaba solamente para atender emergencias reales y, que aunque «su relevo» estaba en la lista de previsiones, no iba a ser inmediato, ya que el corto crédito asignado para reposiciones se lo tragaban otras necesidades tanto o más perentorias.

El almirante se quedó por un momento pensativo para preguntar a continuación:

—Coronel: ¿cuánto costaría uno que pueda cubrir un servicio de energía eléctrica apropiado?

La respuesta del coronel Baeza, por más que sabida, fue inmediata (eso sí, creo que ligeramente incrementada, para *redondear*):

—Quinientas mil pesetas (todavía no había llegado el euro).

El almirante frunce por un momento el ceño, para añadir, después de un —suponemos— breve balance mental, dirigiéndose al jefe de su Estado Mayor:

—¡De acuerdo, pero ni una peseta más!

Esta vez es el contralmirante Contreras quien, como todos, cogido por la sorpresa, se queda pensativo un instante, suponemos que haciendo su propio contrabalance, mientras mira, al trasluz del camping gas, el vaso de vino que tiene en la mano y, a continuación, añade como todo comentario:

—¡Almirante, nunca antes una *tapa* nos había salido tan cara!

VIVIDO Y CONTADO

El caso es que la compra y entrega del generador fue inmediata, con cargo a un crédito extraordinario. De su servicio se disfrutó largo tiempo, bien cuidado, eso sí, previendo que no se iba a dar otra ocasión como ésta en mucho tiempo. Como así sucedió, ya que en las siguientes visitas de inspección (que no por este «sablazo» dejó el almirante de hacerlas), tanto él como sus ocasionales acompañantes, solían acudir siempre *merendados*, ¡por si acaso!

